

EL DOCTOR PERE FELIP MONLAU Y LA CUESTION OBRERA

ANTONIO MOLINER PRADA

Y

CARMEN MOLINER PRADA

Cataluña, pionera en las transformaciones industriales en nuestro país, vivió en primer lugar la problemática social que ésta planteaba. Fueron los médicos y también los economistas quienes más directamente se acercaron a estudiar las condiciones de vida y trabajo de los obreros algodoneros catalanes¹. La obra del doctor Pere Felip Monlau se debe circunscribir en este contexto. Su descripción y denuncia de la situación de la clase obrera de Barcelona y de su cinturón industrial a mediados del siglo XIX es un documento histórico valiosísimo.

1. NOTAS BIOGRAFICAS.

La biografía de este polifacético personaje ha sido puesta de manifiesto extensamente por su hijo Josep Monlau Sala en su libro *Relación de los estudios, grados, méritos, servicios y obras científicas y literarias del Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Felipe Monlau*, publicado en Madrid en 1864². Por ello sólo señalaremos los aspectos más sobresalientes.

¹ El estudio del urbanista Idefonso Cerdá llega incluso a señalar el promedio de vida de los obreros barceloneses, según sus estimaciones realizadas entre los años 1837 a 1847. Las cifras no necesitan ningún comentario:

	hombres	mujeres	promedio ambos sexos
clase rica	33,83	34,11	33,97
clase menestral	25,41	24,90	25,15
clase pobre o jornalera	19,68	27,43	23,55

Cfr. *Teoría general de la urbanización* (Con un Apéndice *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856*. Madrid, 1867, 2 vols. Citado por IZARD, M. *Industrialización y obrerismo. Las tres clases de vapor 1869-1913*. Barcelona, 1973, pág. 84.

² Estudio en el que se han basado posteriormente los de COMENGE, L. *La medicina en el siglo XIX. Apuntes para la historia de la cultura médica en España*, Barcelona, 1914; LOPEZ PIÑERO, J. M.^a y otros *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX*. Madrid, 1964; CALVET I CAMARASA, J.M. «El pensament de Pere Felip Monlau», I Congrés Internacional d'Història de la Medicina Catalana, Barcelona, Montpel·lier, 1970, vol. IV; JUTGLAR, A. *P.F. Monlau y J. Salrach. Condiciones de vida y trabajo obrero en España a mediados del siglo XIX*. Anthropos, Barcelona, 1984 etc.

Una buena síntesis de su vida se encuentra en la Tesis de Licenciatura de la doctora C. MOLINER PRADA *Pedro Felipe Monlau: Su aportación a la Higiene Española a través de El Monitor de la Salud* (1858-64). Univ. Autónoma Madrid, Facultad de Medicina, 1983 (inédita).

El doctor Pere Felip Monlau nació en Barcelona en 1808, iniciando sus estudios de humanidades (Gramática, Retórica, Poética y Filosofía) en el Seminario de Barcelona entre los años 1816-24. Posteriormente realizó estudios de Matemáticas y Cosmografía en la Real Academia de Ciencias Naturales de Barcelona; Física, Química y Botánica en la Junta de Comercio de Cataluña; enseñanza de idiomas, y los propios de la carrera médica en el Real Colegio de Medicina y Cirugía de Barcelona, obteniendo en 1831 el título de licenciado y dos años después el de doctor en medicina.

En 1828 inició también su fecunda carrera literaria que se extendió a lo largo de toda su vida.

La primera publicación sobre higiene, una de las materias en las que más destacó, data de 1832, titulada *¿El cólera morbo invadirá la España?*, en la que expuso el método mejor para su prevención, insistiendo en la utilización de la desinfección.

En 1833 fue aceptado como socio numerario en la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, presentando a tal efecto en 1834 una *Memoria sobre la necesidad de establecer prados artificiales en España*.

Por estos años ocupó varios cargos como médico militar e hizo frente a la epidemia de cólera que sufrió Barcelona durante los años 1834-35.

En esta etapa de su vida le atrajo el mundo periodístico. Fue redactor de noticias extranjeras en *El Vapor*, entre 1833 y 1835, y director político y literario de este diario de 1835 a 1836. Periódico que recogió varios artículos de Abreu, introductor del fourierismo en España, entre ellos el relacionado con el incendio de la fábrica Bonaplata por un grupo de obreros. Lo que motivó una seria república por parte de la burguesía catalana a través del periódico conservador *El Guardia Nacional*. Como ha escrito Antonio Elorza el citado artículo, que erróneamente aparecía como de tendencia sansimonía, copiado de *El Grito de Carteya*, intentaba llamar la atención de los capitalistas para que conocieran la situación de la clase obrera para mejorarla, y recíprocamente ésta obtener la benevolencia de aquéllos³.

A través de sus páginas Monlau difundió las ideas sansimonianas y la necesidad de una nueva Constitución ante el menguado Estatuto Real de 1834. En 1836 escribió ideas similares, bajo el seudónimo de José Andrew de Covert-Spring, en la revista *El propagador de la libertad*⁴.

³ ELORZA, A. *El fourerismo en España*. Madrid 1975, págs. XXII-XXIII.

⁴ Según las investigaciones de Anna Ramspott y Jordi Maluquer de Motes, Covert-Spring, tradicionalmente identificado con un misterioso José Andrés de Fontcuberta, encubría en realidad al médico Pere Felip Monlau. Cfr. «Romanticisme i saint-

Así pues, en ambas publicaciones Monlau expuso la doctrina de Saint-Simon, aunque con cierta originalidad, y trató de promover un amplio movimiento industrialista y socialista. Su alternativa política, al margen de los moderados y exaltados, estaba destinada a reforzar a las posiciones de la burguesía industrial y a constituir un nuevo Estado, capaz de desarrollar la industrialización y modernización del país. Desde el punto de vista social su objetivo se circunscribía a acabar con la gran propiedad y con el poder político de los terratenientes. En esta línea Monlau contó también con Antonio Ribot y Fontseré y Pedro Mata, influidos por Lamennais y Mazzini.

Y cuando sus amigos intervinieron en el motín progresista-radical de 5 de enero de 1836, siendo detenidos Mata y Ribot, y deportados a Canarias Raull y Antonio Gironella, él permaneció al margen del conflicto y de sus consecuencias.

A finales de 1837 se trasladó a Francia por motivos políticos, estudiando en París, Lyon, Burdeos y Marsella, y después visitó Londres.

El propio Monlau hace referencia a estos años con estas palabras: «Lanzado en 1837 a Francia por una de aquellas oleadas tan frecuentes en los pueblos víctimas de la discordia civil, resolví aprovechar mi viaje forzado, estudiando algún ramo especial, para importar luego a mi patria conocimientos e ideas útiles y de provechosa aplicación (...). La saña de los partidos políticos me iba dando tiempo, y lo emplee en enterarme del estado de la instrucción pública en su conjunto»⁵.

Al regresar a España en 1839, reemprende la publicación de *El Constitucional*, teniendo como colaboradores al médico Pedro Mata y a Antonio Ribot entre otros⁶. En esta etapa se declaró partidario del progresismo.

A partir de aquí su vida se orientó hacia la docencia, como profesor del Hospital Militar de Barcelona, donde ya había ejercido anteriormente, y de Geografía y Cronología en la Academia de Ciencias Naturales y Artes de la misma ciudad. En 1840 desempeñó la cátedra de Literatura e Historia en la Universidad de Barcelona y dirigió el *Semanario Popular de Ciencias, Agricultura y Artes*.

simonisme a Catalunya en temps de revolució» (1835-37), *Recerques*, 6 (1976), Apèndix, págs. 87-91; Sobre la difusión de la ideología sansimoniana a través de Monlau ver el capt. II de la obra de J. Maluquer de Motes, *El socialismo en España (1833-1868)*, Barcelona 1977, págs. 97 y s.

⁵ MONLAU I ROCA, P.F. *De la Instrucción pública en Francia. Ensayo sobre su estado en 1838 y 1839*. Barcelona, 1840, págs. 1 y 2.

⁶ CALVET I CAMARASA, J.M. o.c. págs. 281-304.

En 1841 publicó una memoria sobre el derribo de las murallas de la ciudad de Barcelona, por la que obtuvo el primer premio. Su título es expresivo: *¡¡¡Abajo las murallas!!! Memoria sobre las ventajas que reportaría Barcelona, y especialmente su industria, de la demolición que circundan la ciudad*. Su actitud entroncaba con la opinión ciudadana favorable a su derribo, porque significaban, al igual que la Ciudadela, la opresión por parte del gobierno central y era un obstáculo para el ensanche de la ciudad en claro proceso de industrialización⁷. Tres años después formaría parte de la Junta encargada de dirigir la operación de derribo de las citadas murallas.

Su última participación en el mundo del periodismo político la encontramos en 1841 en su colaboración en el diario *El Popular*, defensor de las ideas de soberanía nacional, tolerancia y progresismo.

Cuando Barcelona se insurreccionó en 1842 y fue bombardeada por Espartero, Monlau, al ser médico castrense, realizó una negociación con el objeto de poner fin a la situación y lograr la evacuación de hospitales, colegios y cárceles.

Al iniciarse el período moderado con Narváez fue separado de la cátedra de Literatura e Historia de la Universidad y trasladado al Hospital Militar de Valencia. Aquí escribió una de sus obras *Remedios del pauperismo*, por la que la Sociedad Económica Matritense le concedió un accésit y premio extraordinario. Dicha obra se publicó en el periódico de la Sociedad *El Amigo del País* en 1856 y también en Valencia en la imprenta de D. Mariano de Cabrerizo.

En 1848 obtuvo la cátedra de Psicología y Lógica del Instituto de San Isidro en Madrid y años más tarde, en 1850, fue profesor de Psicología y Lógica de la Escuela Normal.

Fueron muchos sus artículos y obras sobre la higiene pública participando en varios congresos internacionales sobre esta materia, cuya cátedra regentó en la Universidad Central de Madrid hasta 1854. Entre sus obras, merece especial mención la titulada *Higiene Industrial*, distinguida con el premio de Medalla de Oro en 1856 por la Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. También elaboró varios informes para el gobierno sobre la prostitución madrileña y sus causas.

Creada la Escuela Diplomática en 1856 fue nombrado catedrático de Gramática Histórico-comparada de Lenguas Romances. Fue elegido académico de la Real Academia Española de la Lengua en 1858, ocupando la silla «D». Este mismo año dirigió *El Monitor de la Salud de las familias y de la salubridad de los pueblos*.

Por R.O. de 1 de noviembre de 1863 es nombrado catedrático de

⁷ JUTGLAR, . o.c., pág. 20.

término en el escalafón de Enseñanza Superior sección Diplomática. Junto con otros profesores, efectuó una inspección en el Archivo de Simancas, elaborando una memoria de los resultados obtenidos en diciembre de 1863. Entre 1867 y 1868 dirigió el Museo Arqueológico de Madrid. Finalmente fue catedrático en 1868 de Higiene Pública y Epidemiología para el Doctorado, aunque por poco tiempo. Murió en Madrid en 1871.

D. Emilio Castelar, que sucedió a Monlau en la Academia Española de la lengua, al tomar posesión de su asiento lo elogió con las siguientes palabras: «Sucedo, en silla, ilustrada por Navarrete, a un sabio, que así poseía las ciencias de la naturaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle»⁸.

2. EVOLUCION DE SU PENSAMIENTO POLITICO.

El doctor Monlau evolucionó a lo largo de su vida en sus ideas políticas. En su juventud participó de las tendencias del liberalismo exaltado y del progresismo y difundió el pensamiento socialista utópico sansimoniano. Tras su participación en el pronunciamiento de 1840, se presentó en 1841 a las elecciones en la candidatura democrática. A partir de este año y de su estancia en Valencia, entre 1844 y 1846, sus posiciones se hacen más conservadoras rechazando las ideas socialistas utópicas. La sociedad se basaría en la libertad individual, la propiedad y la familia, principios que atacarían las ideas socialistas:

«Todos los sistemas socialistas adoptan por divisa la palabra solidaridad (...). Lo único en que se diferencian entre sí los adeptos del socialismo, es que los unos atacan principalmente la propiedad (los comunistas); y otros a la familia y toda disciplina moral (los fourieristas); y los otros (los sansimonianos) anulan al individuo por entero, quitándole hasta la conciencia de sí mismo, haciendo del panteísmo una religión, confundiendo en un mismo culto la materia y el espíritu... Estas diversas sectas se confunden, porque la destrucción de cualquiera de los tres principios que hemos sentado sería fatalmente la ruina de los otros dos»⁹.

En tal sentido era deber del Estado tutelar la libertad de los pueblos, a los que consideraba siempre menores de edad. Y en las disputas entre las doctrinas proteccionistas y librecambistas adoptó un tér-

⁸ CASTELAR, E. *Discursos leídos ante la R.A.E. en la recepción pública del Sr. D. Emilio Castelar el día 25 de abril de 1880*. Madrid, pág. 1. Citado por MOLINER PRADA, C. o.c., pág. 47.

⁹ MONALU I ROCA *Higiene del matrimonio*, impt. M. Rivadeneyra, Madrid, 1865, págs. 9-10. Citado por MOLINER PRADA, C. o.c. pág. 53.

mino medio. En su opinión las únicas doctrinas que mejoraban la especie humana eran las doctrinas higiénicas que tanto ayudó a difundir.

Desde el punto de vista científico-médico tradujo muchas obras de autores extranjeros y participó en los problemas médico-profesionales de la época, como en el intento de unificar las categorías profesionales, problemas de la asistencia rural, etc.

La obra del doctor Monlau constituye la primera y más firme base de la higiene en nuestro país como disciplina moderna. Pero no se agota en esta materia ni siquiera en la medicina. Su obra es polifacética y abarca todo tipo de manifestaciones científicas y culturales¹⁰.

3. LA CUESTION OBRERA.

Como ya hemos señalado el testimonio de Monlau acerca de la situación del proletariado a mediados del siglo XIX es del máximo interés, ocupando un lugar destacado en su obra higiénica la denuncia de sus condiciones de vida y de trabajo.

Las circunstancias que influyeron en Monlau en este sentido son varias. J. M.^a López Piñero apunta las siguientes:

En primer lugar el conocimiento de una serie de datos médico-sociales que contribuían a denunciar su trágica situación, como eran:

- 1) El aumento de las cifras de mortalidad y morbilidad en esta clase y su notable diferencia con el campesinado.
- 2) La mayor incidencia en la misma de ciertas enfermedades como la tuberculosis pulmonar, tífus, cólera, etc.
- 3) La disminución de la talla y vida media de los proletarios.
- 4) Su mayor inadaptación social (miserables, criminales, prostitutas, etc.)

En segundo lugar por su exaltación idílica del campo frente a la ciudad. Las cifras de mortalidad de los núcleos urbanos industriales ingleses con respecto a las zonas rurales eran espantosas.

En tercer lugar por las consecuencias sociales y económicas que provocaban el proceso de industrialización.

En cuarto lugar su preocupación es propia de la clase social a la que pertenecía, la burguesía liberal. Es un testigo nada más, sin participar del destino de la clase obrera.

En quinto lugar por la importancia que iba tomando en España el

¹⁰ LOPEZ PIÑERO, J. M.^a *Medicina moderna y sociedad española. Siglos XVI-XX*. Cátedra e Instituto de Historia de la Medicina. Valencia, 1976. «Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, XIX, Serie A (Monografías) pág. 268.

desarrollo industrial. Según los datos que toma del censo de 1860 la población industrial ascendía a 1.085.293 operarios frente a 2.354.110 jornaleros del campo (150.000 obreros y 25.000 mineros)¹¹.

Finalmente habría que añadir el sentimiento de compasión que le despertaba la condición mísera del proletariado, que provocaba desorden social.

Todo ello le llevó a denunciar la dura realidad del proletariado español. Monlau deseaba que su testimonio fuese el detonante para que la administración y las «personas honradas y previsoras» se decidieran a remediarla¹².

Las obras publicadas en este sentido fueron *Remedios del pauperismo*, *Elementos de Higiene Pública e Higiene Industrial*.

A) Remedios del pauperismo.

Dicha *Memoria* la presentó para optar al premio ofrecido por la Sociedad Económica Matritense en su programa del 1.º de mayo de 1845. Obtuvo el accésit y premio extraordinario de título de Socio sin cargas. En 1850 presentó otra *Memoria*, titulada *De la supresión de la mendicidad y Organización de las Juntas de Caridad* que se puede considerar como su complemento¹³.

La obra trata de las siguientes cuestiones: 1) ¿Qué es el pauperismo?, 2) ¿Qué clases de individuos lo constituyen?, 3) ¿Qué remedio aplican los pobres a su estado de indigencia?, 4) ¿Cuáles son los resultados del pauperismo?, y 5) ¿Qué remedios debe aplicar el Gobierno para combatir el pauperismo?.

1) ¿Qué es el pauperismo?.

Lo define como la enfermedad social que resulta de la multiplicación de los pobres y su origen se confunde con el de la sociedad: «El pauperismo — afirma — es hasta una condición necesaria de la misma naturaleza del hombre, porque necesidad natural y social es la desigualdad de condiciones; y la desigualdad social de condiciones supone necesariamente la indigencia¹⁴.

Pero no hay duda de que el pauperismo es también una acusación contra la mala organización de la sociedad.

El pauperismo como fenómeno social no existe en las sociedades

¹¹ LOPEZ PIÑERO, J.M.^a o.c., págs. 269 y s.

¹² MOLINER PRADA, C. o.c., pág. 69.

¹³ Utilizamos la edición de 1986, publicada en Valencia, imprenta de D. Mariano de Cabrerizo. Biblioteca Nacional, Madrid, C.^o 760-6.

¹⁴ *Remedios del pauperismo*, pág. 8.

en estado salvaje o casi salvaje, aumentando al compás de la civilización. Incluso es menor en los distritos agrícolas que en los industriales, estando siempre en relación con la riqueza de los pueblos¹⁵.

En definitiva su observación es que el pauperismo crece con el desarrollo industrial.

2) *¿Qué clases de individuos constituyen el pauperismo?*

Pobre debe considerarse en su opinión todo individuo que se ve más o menos completamente privado de lo necesario para vivir. Y las necesidades varían según el país, edad, estado o rango social, etc.:

«A medida que el hombre apropia a su mayor número de objetos; a medida que progresa la industria, la civilización y el lujo, el hombre tiene más necesidades, y es preciso ser más rico para no estar privado de lo estrictamente indispensable»¹⁶.

Dentro de la categoría de pobres sitúa tanto a los que no pueden o no saben, o no quieren trabajar.

En la categoría de los que no pueden trabajar incluye a los huérfanos, expósitos, viuda con hijos, viejos, adultos «mal conformados», enfermizos o débiles, lisiados o estropeados, enfermos y los que no encuentran trabajo.

En la categoría de los que no saben trabajar introduce a los hacendados y propietarios arruinados, banqueros y comerciantes en decadencia, los retirados y pensionistas que no cobran (clases pasivas) y los médicos, abogados y literatos sin ocupación. Con respecto a este último grupo señala el estado de mediocridad existente en su tiempo:

«Huyendo del trabajo del campo o de los talleres (que tienen por deshonoroso), fueron a engrosar las filas harto engrosadas ya de las carreras literarias; y no pudiendo sobresalir en ellas, ni hacerse un lugar entre la turba, han quedado obscurecidos en ella, llenos de necesidades impremeditadamente contraídas y privadas de todos los medios de satisfacerlas. ¡Ay del país que tantas capacidades bastardas o de reemplazo cuenta en su seno!»¹⁷.

El grupo de los que no quieren trabajar lo formarían los vagos y holgazanes, los mendigos de profesión, los borrachos y jugadores, los libertinos, viciosos y mal ocupados y los mal retribuidos por su trabajo. Monlau es consciente al hablar de estos últimos del problema obrero, al que se refiere con estas palabras:

«(...) mas no se olvide que la insuficiencia con que generalmente retribuye la industria a los que, no teniendo renta ni capital, viven

¹⁵ *Remedios del Pauperismo*, pág. 13.

¹⁶ *Remedios del Pauperismo*, pág. 15.

¹⁷ *Remedios del pauperismo*, pág. 17.

del trabajo de sus manos, es hoy día una de las principales causas del pauperismo. En esta insuficiencia de jornal está encarnado el todavía no fallado litigio entre el capital y el trabajo; y en esta insuficiencia de jornal va involucrado el más grande y formidable de los problemas de economía social. *El proletarismo*, o sea el estado de los que no tienen más recurso que el producto de su trabajo mecánico, es otra enfermedad social muy afin del pauperismo, o más bien son dos grados de una misma dolencia»¹⁸.

3) *¿Qué remedios aplican los pobres a su estado de indigencia?*

Unos mueren de indigencia, a pesar de estar «en la época de la filantropía y de las luces, en el apogeo de la titulada *civilización*», otros se suicidan o emigran, o se dedican a mendigar o en el caso de las mujeres a la prostitución, o se degradan cometiendo delitos y crímenes.

4) *¿Cuáles son los resultados del pauperismo?*

El pobre, por su escasez de recursos está condenado a sufrir una degeneración física. Al mismo tiempo el pauperismo debilita al Estado: «(...) disminuye la población, gasta las fuerzas físicas y morales de una parte de la misma, corrompe las clases todas, degrada la dignidad del hombre y la libertad del ciudadano, abrevia la duración de la vida, bastardea las generaciones, fomenta las epidemias y los contagios, impele a la prostitución y al crimen, provoca a los disturbios políticos, desacredita a los Gobiernos, pone en peligro las instituciones (...), y llegaría a producir el caos»¹⁹.

5) *¿Qué remedios debe aplicar el Gobierno para combatir el pauperismo?*

Una vez descritas las causas y la tipología de la pobreza expone los remedios que debe emplear el Gobierno para combatirla.

Remediar el pauperismo es proponer el mejor sistema de gobierno posible. Monlau opta por el progreso, matizando al mismo tiempo que a la par de la civilización industrial debe caminar la moral. El remedio del pauperismo se logrará cuando el Gobierno cree un bienestar general, permanente y regular, fundado en la base del trabajo.

Para ello se requiere la creación de un amplio mercado, fomentando las vías de comunicación, el comercio y las instituciones de crédito; educar a los hombres en el trabajo, fomentando el espíritu de asociación, y mejorar la producción y la suerte de los productores, repartiendo los frutos del trabajo de una manera justa y creando una «Providencia» social activa y vigilante²⁰.

¹⁸ *Remedios del pauperismo*, pág. 19.

¹⁹ *Remedios del pauperismo*, pág. 26.

²⁰ *Remedios del pauperismo*, pág. 32.

El remedio para los que no pueden trabajar es el de la beneficencia pública: la creación de inclusas, hospicios y hospitales. Cuyos gastos deben figurar en el presupuesto anual del Estado.

Para los que no saben trabajar, el Gobierno debe disminuir su número mediante un vasto sistema de educación pública que moralice o instruya a todas las clases», grabando en el corazón de todos la indeclinable ley del trabajo»²¹. Debe fomentar las escuelas primarias para la niñez, las escuelas industriales para la adolescencia, las colonias agrícolas para los hombres y las escuelas científico-profesionales para los jóvenes con capacidad probada. Debe remediar el fraude, crear cajas de ahorro y montes de piedad.

Con el objeto de disminuir el número de menesterosos que no saben trabajar, propone que el gobierno cree dificultades para el acceso a las carreras facultativas:

«(...) hágase de suerte que sólo emprendan dichas carreras los jóvenes de verdadera vocación y de reconocida suficiencia: establézcase un saludable rigor en los exámenes de entrada, de curso y grados: impóngase crecidos, aunque siempre equitativos, derechos de matrícula y de depósito; y tendremos conseguida una de las más importantes reformas»²².

El Gobierno debe poner especial cuidado en la educación de la mujer. Su papel en la sociedad es meramente pasivo:

«Sí, las mujeres están más expuestas a la miseria que los hombres. Su sexo, su debilidad y su delicadeza les cierran el acceso a un sin número de carreras: algunas sucumben en la lucha trabada con el infortunio; si son jóvenes, abandonan la virtud, si tienen edad, tal vez se suicidan. Con todo, en general, las ha dado Dios la virtud de la resignación. Las más de ellas soportan mejor que los hombres el espantoso suplicio de la miseria. Casadas, son todavía la esperanza del hogar doméstico; ellas reaniman con su dulzura el abatimiento del esposo; y ellas con su actividad de espíritu saben encontrar a veces recursos que se ocultaban a la desesperación de un padre»²³.

Para los que no quieren trabajar propone un plan combinado de educación, beneficencia y corrección. Debe suprimirse la mendicidad y se debe crear una especie de hospitales morales y colonias agrícolas (como la establecida en 1818 en Frederick's Oord en los Países Bajos).

En resumen, sus remedios son ingenuos y moralizantes: aumento del trabajo y una mayor justicia en la distribución de los frutos. Ideas

²¹ *Remedios del pauperismo*, pág. 35.

²² *Remedios del pauperismo*, pág. 37.

²³ *Remedios del pauperismo*, págs. 38-39.

que aparecen también en su obra *De la supresión de la mendicidad*.

B) Elementos de Higiene Pública e Higiene Industrial.

La primera obra se publicó en 1847 y tuvo varias ediciones posteriores en 1862 y 1871, y la segunda en 1856.

El doctor Monlau, discípulo de Seoane, puede considerarse como el primer higienista español, preocupado por la situación del proletariado. Cuestión a la que dedicó estas obras, aumentando el número de páginas al respecto en sus respectivas reediciones, así como la revista *El Monitor de la Salud*, publicada entre 1858 y 1864.

Monlau está muy influenciado por los higienistas británicos, cuyos estudios y datos estadísticos utiliza en sus trabajos.

En las citadas obras aparece con suma claridad y objetividad su denuncia sobre las circunstancias en las que se desarrollaba la vida del proletariado español. La descripción que hace de sus casas y viviendas nos recuerda la que hizo Engels sobre Manchester en su obra *La clase trabajadora en Inglaterra*. Su mala alimentación es otro punto de denuncia. Su dieta alimenticia se reducía a pan, vino, vegetales, patatas, bacalao, tocino, sardinas saladas y escabeche, careciendo de un producto básico como es la carne. La falta de limpieza personal y mala vestimenta entre los obreros comportaba un deterioro físico y moral, resultado de la mala organización industrial.

Esta dramática realidad se comprueba con los datos médicos-sociales que él aporta. Así por ejemplo la clase obrera es víctima de las epidemias y enfermedades sociales (tifus, cólera, anemia fabril, etc). Al mismo tiempo la estatura media de los hombres de los distritos industriales es inferior a la normal. Las elevadas cifras de mortalidad obrera se debían a las privaciones que padecía este grupo social.

En su estudio sobre los inadaptados sociales, realizado a través de *El Monitor de la Salud*, tomando los datos relativos a 1859, demostró que más del 50% de este grupo eran proletarios. La miseria les inducía al alcoholismo, a la delincuencia o en el caso de las mujeres a ejercer la prostitución.

En sus obras denunció reiteradamente la explotación del trabajo femenino, el excesivo número de horas de trabajo de los adultos, recomendando un jornada laboral entre 10 y 12 horas y la supresión del trabajo nocturno, y el abuso del trabajo infantil en las fábricas. Así describe el trabajo de los niños en los telares: «Las criaturas se ven plagadas de cicatrices, de tumores y deformaciones asquerosas. La población de tales manufacturas suele ser endeble, raquítica: criada a la sombra y

encorvada sobre el telar, marchítase como una planta sin sol»²⁴.

Cuando trata el tema del salario obrero, reconoce su escasez. Sus planteamientos son típicos del liberalismo económico. La cuestión salarial únicamente se puede resolver entre el empresario y el obrero, «ex aequo et bono», sin ningún tipo de intervención gubernamental. A lo sumo el Gobierno sólo puede intentar disminuir los precios de los comestibles mediante una acertada política económica²⁵.

En su análisis no podía faltar señalar el hecho del elevado número de accidentes de trabajo que producía el desarrollo industrial. Y en este punto, a diferencia del doctor Joaquín Salarich, que los atribuía a la inexperiencia de los obreros, culpa de ellos a las máquinas²⁶.

Con respecto a la cuestión del asociacionismo obrero Monlau manifestó su oposición. A pesar de que en 1842 había aconsejado a la Asociación de Tejedores que resistiera pacíficamente a ser disuelta, después se manifestó contrario a todo tipo de asociación. Mentalidad propia de un liberal burgués de la época.

El obrero, según el higienista catalán, es pobre, ignorante y de malos instintos. Por ello había que socorrerlo, instruirlo y moralizarlo²⁷.

En *Higiene Industrial* propone las medidas que podía tomar el Gobierno en favor de la clase obrera. La *Memoria* la había escrito Monlau haciéndose eco de los premios de la Academia de medicina y cirugía de Barcelona, convocados en enero de 1855. Dicha institución acordó en 1856 imprimirla y recomendarla al Gobierno como un trabajo importante en esta materia. También premiaría en 1857 la obra del doctor Joaquín Salarich *Higiene del tejedor*.

Partiendo de las penosas condiciones físicas y morales en las que vivían las clases obreras de Inglaterra y Francia, analiza la de España: «La población obrera está plagada del vicio escrofuloso, es menos vigorosa que la agrícola, tiene menos talla, vive menos, etc., etc.»²⁸. Los datos que toma de Inglaterra relativos al año 1831 son clarificadores: la muerte causa cerca de una cuarta parte más de estragos en las poblaciones manufactureras que en las rurales.

Entre las medidas que él propone destacan las siguientes:

²⁴ *Elementos de higiene pública*. Barcelona, 1847, vol. II. pág. 545.

²⁵ *Elementos de higiene pública*, pág. 147.

²⁶ LOPEZ PIÑERO, J. M.^o o.c. pág. 277; JUTGLAR, A. o.c. pág. 54.

²⁷ *Higiene Industrial. ¿Qué medidas higiénicas puede dictar el Gobierno a favor de las clases obreras?*. Madrid, imprenta de M. Rivadeneyra, 1856, pág. 66. (Utilizamos el ejemplar de la Biblioteca de la Universidad Central, Facultad de Medicina de Madrid. A. Jutglar la reproduce íntegramente en su libro, págs. 56-143).

²⁸ *Higiene industrial*, pág. 7.

1) Descentralizar las fábricas y talleres.

Llevar las fábricas grandes y talleres a los pueblos rurales, creando colonias fabriles, ayudaría mucho a mejorar la situación y salud de los obreros. Con este fin el Gobierno debería primar a aquellas empresas que aceptaran esta proposición que redundaría en el bien común.

Monlau insiste una vez más en que el deterioro físico y moral de la clase obrera (condiciones de habitación, alimento, vestidos, fatigas y costumbres) es mayor que el de los campesinos²⁹.

Sujetar la construcción de los talleres y de los edificios-fábricas a las condiciones de salubridad convenientes, y mandar inspeccionar los mismos edificios, bajo el punto de vista higiénico, después de construidos o mientras sirvan para el objeto que fueran construidos.

El aspecto higiénico de las fábricas era de suma importancia, sobre todo la buena ventilación.

3) Mandar construir casas-modelos con habitaciones adecuadas para los obreros y sus familias; y fomentar la construcción de casas análogas por cuenta de los particulares.

Tras señalar las medidas tomadas por los gobiernos de Inglaterra, Bélgica, Francia, Alemania y Holanda, hace referencia a la real orden de 9 de septiembre de 1853 del Gobierno español, relativa a arbitrar medios para construir casas para pobres con las condiciones de salubridad, comodidad y baratura, que hasta entonces no habían dado ningún resultado positivo.

4) Construir lavaderos públicos económicos o gratuitos. Abrir establecimientos o casas de baños, con iguales condiciones, para las clases obreras.

Una vez más se queja de la situación española, más atrasada que la de los países europeos. Así por ejemplo el decreto gubernamental de 15 de junio de 1853 disponiendo la construcción de una casa de lavado y baños para pobres en Madrid había quedado en un mero proyecto.

La falta de limpieza predisponía a contraer epidemias y enfermedades y por consiguiente era la causa del aumento de la mortalidad: «En Madrid muere anualmente 1 habitante por cada 29, en Barcelona 1 por cada 36, y en Londres, con su inmensa población y riguroso clima, no muere más que 1 por cada 42»³⁰.

5) Proporcionar la abundancia y baratura de los alimentos, bebidas y condimentos más necesarios.

²⁹ *Higiene Industrial*, págs. 9-10.

³⁰ *Higiene personal*, pág. 26.

La mala alimentación obrera, sobre todo la escasez de carne, era una realidad. Para remediarla, había que aumentar el precio del jornal del obrero, o hacer disminuir el precio de los comestibles. Como ya se ha señalado anteriormente, la cuestión salarial escapaba a los asuntos del Gobierno. Monlau mantenía los puntos del liberalismo económico, la cuestión salarial era competencia sólo del empresario y del obrero³¹. Si en cambio era factible que el Gobierno proporcionara abundancia de subsistencia, fomentando la agricultura, facilitando las comunicaciones y la reforma tributaria.

6) Perseguir sin descanso, y castigar severamente, las falsificaciones y adulteraciones de los artículos más usuales de comer, beber y arder.

El Código Penal debería ser más duro castigando tal tipo de delitos y la información pública sería uno de los mejores métodos de lucha contra el fraude.

7) Vigilar incesantemente las tabernas, bodegones, posadas y demás casas o puestos de donde se ha de comer, o se venden alimentos preparados o bebidas.

Así describe las fondas o cafés frecuentados por los obreros:

«Carne pasada, bacalao o escabeche podrido, salazón pasada, pan adulterado, vino emponzoñado, fruta verde o pasada, embutidos malsanos, aceite rancio o mezclado con sebo, chocolate sin cacao, agua de cualquier sustancia más o menos inofensiva por cafe, carbón mojado, desaseo, inmundicia (...)»³².

8) Dictar una ley sobre el trabajo de los niños de ambos sexos en las fábricas. Las disposiciones a tomar serían las siguientes: 1) no admitir al trabajo a ningún niño o niña sin una declaración del Médico inspector de que el respectivo trabajo las perjudicara a su crecimiento o desarrollo; 2) fijar la duración máxima del trabajo a seis horas diarias para los niños de diez a doce años, y a diez horas para los de doce a dieciseis; 3) prohibir absolutamente el trabajo de noche; 4) vigilancia continuada de los niños que trabajasen; 5) establecimientos separados en sus trabajos, y 6) disposiciones especiales para los que trabajasen en las minas.

9) Evitar, y en su caso remediar, los accidentes y desgracias que ocasionan a veces las máquinas.

A tal objeto los reglamentos deberían obligar a los fabricantes a tomar medidas drásticas y cuando se produjera alguna víctima la asistencia médica debería estar asegurada lo mismo que su subsistencia, si quedaba inválido.

10) Evitar la competencia del trabajo de los establecimientos pena-

³¹ *Higiene Industrial*, pág. 29.

³² *Higiene Industrial*, pág. 33.

les y de beneficencia con el trabajo de las fábricas y talleres libres.

En los establecimientos de beneficencia no deben elaborarse más artículos que los destinados al consumo de la misma cosa.

11) Abrir paseos y jardines de recreo, «tívolis», etc., para la clase obrera, en los cuarteles o barrios donde viven por lo común los jornaleros.

12) Establecer casas-cunas y salas de asilo para las criaturas de los obreros.

13) Establecer escuelas primarias para los niños y las niñas de los obreros. Dichas escuelas, sólo para niños obreros, no debieran ser plenamente gratuitas.

14) Establecer escuelas dominicales para obreros adultos.

Sus preocupaciones principales en los días festivos deberían ser tres: el cumplimiento de los deberes religiosos, el aseo y cuidado del cuerpo y el cultivo de la inteligencia. Con este fin asistirá el obrero a las escuelas dominicales, totalmente gratuitas, donde se le enseñará las primeras letras y los rudimentos de la Moral cristiana y social, Higiene y Economía doméstica. Sólo así adquiriría la madurez necesaria para entender la problemática de su mundo.

En este punto Monlau vuelve a reproducir los esquemas mentales de la burguesía bienpensante de la época, manteniendo unos postulados inspirados en el liberalismo individualista:

«(...) se enaltecerá a sus propios ojos, porque verá ensancharse el círculo de sus escasos conocimientos; y su inteligencia, hoy al parecer ruda e indócil, a la vuelta de poco tiempo comprenderá sin dificultad: - que las creencias religiosas, y no los sistemas filosóficos, son las que satisfacen el espíritu y consuelan el corazón; - que no hay felicidad posible fuera del camino de la virtud; - que la desigualdad de los bienes de la fortuna está tan en la naturaleza como la desigualdad de talento, de talla, de robustez o de fuerzas físicas; - que sin jerarquías no hay orden ni sociedad posibles; - que la templanza y la moderación en todo es la condición de la buena salud; - que es un absurdo ridículo querer fijar un mínimo de jornal y un máximo de trabajo; - que la fórmula esencial del progreso económico es producir cada día más, cada día más pronto y cada día más barato; - que las máquinas contribuyen a la solución de ese problema; y que en esa solución nadie está más interesado que el mismo obrero; - que las crisis industriales son fatalmente inevitables, dependientes del desequilibrio entre la producción y la demanda, están relacionadas además con las calamidades públicas, siendo tanto más frecuentes y trascendentales cuanto mayor es un país el desarrollo de su industria; - que el capital es tan libre y repetable como el trabajo, porque de trabajo, y nada

más que de trabajo acumulado, se compone el capital; - que el trabajo del obrero no puede correr las eventualidades del capital del fabricante, y que la asociación mercantil de éste con el obrero, asociación que como equitativa y lisonjera se pinta, sólo es posible, sólo puede ser beneficiosa, en determinadas industrias, en ciertos casos y bajo ciertas condiciones siempre libérrimamente estipuladas entre el capitalista y el operario; - que las coaliciones de obreros para hacer subir el precio del jornal, son recursos ya gastados, estériles y ridículos; - que el aumento forzado del precio del jornal es insostenible, y que mientras dura tal aumento, queda de hecho anulado por un aumento paralelo en el precio de los artículos que ha de consumir el obrero; - que las agresiones brutales, los crímenes que alguna vez han manchado de sangre el recinto mismo de las fábricas o de los talleres, son puras manifestaciones de una ira salvaje e impotente...; - que hay, en fin, principios eternos de moral a cuyas consecuencias están indeclinablemente sujetos así el fabricante como el obrero»³³.

15) Mandar y componer, y distribuir gratis, una cartilla higiénica para uso de los obreros de cada arte o industria. En ella se haría referencia a nociones generales de higiene.

16) Ofrecer y adjudicar premios anuales a los autores de cualquier método o descubrimiento que contribuya a disminuir los peligros o la insalubridad de ciertas artes o industrias.

17) Establecer Cajas de Ahorros en todos los pueblos de alguna importancia fabril o que abundan en población obrera.

18) Fomentar y proteger el establecimiento de Sociedades de Socorros mutuos.

Dichas asociaciones socorrerían al obrero en caso de enfermedad o de imposibilidad para el trabajo. El número de individuos de cada sociedad no debía pasar de 100. Los socios honorarios ascenderían a 25; éstos pagarían las cuotas sin recibir asistencia alguna y quedaban encargados de administrar y distribuir los fondos de la sociedad.

19) Facilitar la asistencia médica gratuita y socorros domiciliarios, a las familias obreras.

³³ *Higiene Industrial*, págs. 49-51.

20) Abrir una información general acerca de la situación o de las condiciones físicas y morales de las clases obreras, y formar la estadística de la industria fabril española.

Si en el caso de Francia o Inglaterra el Estado contaba con datos reales, en España no sucedía así. Cualquier medida del Gobierno debía de apoyarse en una estadística fabril: «(...) sin datos no se puede resolver ningún problema, y en España no poseemos dato alguno o no se resuelve nada, o todo lo resolvemos mal (...) propongo como medida preliminar e indispensable la formación de la estadística industrial de España, con todos los datos apetecibles sobre el número y las condiciones del personal y del material»³⁴.

4. CONCLUSION

Tal como se ha podido comprobar, el doctor Monlau supo captar y describió magistralmente los efectos nocivos del proceso de industrialización, pero en modo alguno se sintió partícipe del destino de la clase trabajadora, como acertadamente apunta J. M.^a López Piñero³⁵.

Su óptica es propia de la clase social a la que él pertenece, la de la burguesía. Su pensamiento es típicamente liberal. Como ha escrito A. Jutglar su filosofía es la de los «bienpensantes» de entonces, lejos de la búsqueda de un igualitarismo social y cerca de las teorías del positivismo contiano o del funcionalismo spenceriano. Los pobres son vistos como débiles mentales sobre los que no es posible ejercer ningún tipo de labor que les ayude a mejorar, y por tanto, los acomodados no se sienten responsables de las desgracias del prójimo³⁶.

Sin embargo, a pesar de todo, su denuncia de la situación obrera contrasta con la postura miope o reaccionaria de muchos médicos contemporáneos que intentaron disimular la realidad y descargar a la clase burguesa de responsabilidades. Al mismo tiempo no cabe duda de que su testimonio contribuyó a que fuera conocida la realidad obrera en su época.

Algunas de las medidas propuestas por Monlau eran muy acerta-

³⁴ *Higiene Industrial*, pág. 65.

³⁵ LÓPEZ PIÑERO, J.M.^a, o.c. págs. 270-271.

³⁶ JUTGLAR, A. o.c., págs. 46-47.

das, como la descentralización de la industria, la formación de una estadística industrial en España, la creación de Asociaciones de Socorros Mutuos, la lucha contra el fraude alimentario, etc. Su aportación fundamental es como higienista, a través de sus obras se comprueba la situación higiénica española de mediados del siglo XIX. Al mismo tiempo quiso que su mensaje fuera el detonante para que la administración pusiera el remedio oportuno. Por todo ello, su obra constituye uno de los hitos más importantes en la historia de la medicina española del siglo XIX³⁷. Sus numerosos trabajos sobre medicina legal, higiene, sanidad y psicología así lo confirman.

³⁷ MOLINER PRADA, C. o.c. págs. 209-210.